

YO SOY UN CHIAPANECO

Heberto Morales Constantino*

Hace ya muchos años, en una gran plaza de la capital de Alemania, el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, don Juan Fitzgerald Kennedy, pronunció ante miles de personas estas palabras que hicieron época: *Ich bin ein Berliner*: Yo soy un berlinés. Pues yo, que claramente no tengo que ver nada con ese señor que ha pasado ya a la historia, quisiera gritar esta noche ante ustedes: señores y señoras, yo soy un chiapaneco.¹

Y este oscuro chiapaneco no estaría aquí esta noche si no fuera por ustedes, mi familia y mis amigos: porque ustedes, a quienes no voy a nombrar, me arrastraron a este lugar, que no es solamente la bella ciudad de Comitán, ni este espléndido recinto, sino el simbólico lugar del más alto galardón del estado: el Premio Chiapas.

Y ya que lo estoy, me zumba en los oídos la alegría y el orgullo de estar en la misma lista en que están don Manuel, Jaime, Rosario, Jacinto, Prudencio, Óscar... y mi paisano, que tantas horas de alegría nos ha dado, Manuel, el gran *Ratón Vleeschower*...

Estoy aquí porque soy chiapaneco. Y soy chiapaneco no solamente porque en Chiapas nací. Ni solamente porque he conocido sus montañas, sus valles y sus ríos, sus lagos y su mar, la Mar del Sur. ¡No! Soy chiapaneco porque así me lo dijo la sangre de mi padre, quien me dio los nombres de mis ancestros hasta más allá de los tiempos en que nos hicimos mexicanos. Soy chiapaneco porque chiapaneca es mi esposa, y sangre chiapaneca corre por las venas de mis hijos y mis nietos.

Conozco Chiapas a pie, en tren, en canoas, en carretas, a caballo... En mis oídos, que ya oyen poco, todavía resuenan los sonos brotados de una marimba de un solo teclado, colgada de las ramas de dos árboles en La Nueva Independencia, junto a Chicomuselo, hace más de sesenta años.

* Doctor *honoris causa* por la Universidad Autónoma de Chiapas, de la que fue rector. Premio Chiapas 2014.

¹ Discurso pronunciado el 19 de diciembre de 2014, al recibir el Premio Chiapas en la rama de artes. La ceremonia fue celebrada en el Teatro Junchavín de Comitán de Domínguez, Chiapas.

Y puedo contarles que yo vi Boca del Cielo cuando no era más que una sola palapa, al otro lado de cuyo estero silencioso millares de pelícanos se agrupaban para lucir como manchones de islas temblorosas de vida.

En mis ojos se agazapa el terror que me causó la primera mirada a las cascadas de El Chiflón, cuando, hace sesenta y ocho años, casi nadie las conocía, y había que llegar allí haciendo caminos machete en mano, siguiéndole el cauce al río de Tzimol, y bajar amarrándose de lazos bajo el ensordecedor bramido de sus bravísimas aguas...

Crucé a pie los llanos, saliendo de Yalchivol, cargando unos cuantos metros de dril y algunos lazos para fabricar carpas a medio monte, hasta llegar a los lagos de colores, a Tepancuapan, a Montebello, a Tziscoa... cuando esos nombres no eran nada para nadie. Conocí Uninajab cuando allí no había más que el recuerdo de las lagunas cercanas: la laguna Esquel y la laguna de Coilá.

De muy joven contemplé las llanuras, aquellas anhelantes llanuras rebosantes de vida, desde la corona del Malé, desde las ondulantes faldas del Tacaná, desde las frías crestas del Zontehuitz y, con las curvas del Río Grande en su lejanía, desde las barbas mismas del Gran Cerro, Muctavits-Hueitepetl, a cuyas plantas yace un “campo llano e grande...” que ahora nombramos Jovel...

En Jonón, viejo rancho, tal vez ya desaparecido, me hurgó en el alma el ronroneo cascado del poeta de Tzimol, don Adriancito Abadía; y escuché sus versaditos, que alguien debería rescatar: “La graciosa niña Bertha / cuida un hermoso venado: / es simpático y alerta: / ¡lo tiene bien educado!...”. Y de su corazón emocionado todavía me llegan los ritmos del paisaje de su tierra: “De la cumbre Majmantic / se divisa en lontananza / laguna tranquila y mansa / llamada Chicumultic...”.

Conocí gente que hilaba y que tejía, luego de rascar la tierra con sus manos para sembrar el tzolito que habría de iluminar con luz de oro las veras de los caminos, y estos ojos míos, ahora viejos y cansados, contemplaron maravillados los cerros de chile totic secándose bajo el sol de mi tierra... Yo tuve la gloria de ver en mi pueblo a don Manuel Chivudo, agachado sobre su marimbita de un metro, arrancarle canciones recién nacidas que la gente que iba al mandado escuchaba con deleite, haciendo cola sobre las lajas de la calle, sin que él pareciera darse cuenta. Yo vi lucir en días de fiesta la antigua presidencia de ese pueblo, que ha sido arrasada, quemada con toda su historia, por el odio, la incomprensión y la ignorancia.

Yo vi al abuelo de mis hijos moldear con sus formones y sus gubias los pedazos de madera que habrían de convertirse en caras, en manos, en pies de “niños dios”. ¡Y eso lo hacía después de teclear por horas en su máquina Remington páginas y páginas en la presidencia municipal para ganarse nuestra comida y después de ir a

ver a cuál de sus pocas vacas se la estaba tragando el lodo de la Laguna Grande en tiempos de cuaresma! Y después de eso, todavía encendía su candela para hurgar en pedazos de legajos en busca de los orígenes de su pueblo.

¡Gente grande y trabajadora!

Ahora me duele el alma de pensar que estamos por convertir a Chiapas en lo que un antiguo poeta se atrevió a llamar “campos de soledad, mustio collado”. ¿Qué fue, digo yo, de las grandes vacadas, de los amplios corredores llenos de queso y mantequilla lavada? ¿Qué fue de las infinitas toneladas de maíz y frijol que desbordaban de las bodegas que todos podíamos contemplar a la entrada de nuestros pueblos y ciudades? ¿Qué fue de los trigales de Teopisca y de Huixtán? ¿Adónde fueron a parar los molinos de San Cristóbal, donde se producía nuestra propia harina, sabrosa, vuelta pan de fiesta, pan chiquito, pan de dulce, sopa de pan...?

Una tarde, un colega de la universidad me susurró al oído una canción. Fue un gran amigo de todos nosotros; y lo que me comentó al oído se lo gritó a todo el estado, y lo escuchó el resto del mundo. Lo que me dijo fue que:

Chiapas es en el cosmos

lo que una flor al viento.

Ese día me entró el contagio, pero no me llegó el impulso.

Años más tarde la necesidad me obligó a escribir.

Me lo mandaba mi trabajo. Pero me hice el propósito de escribir solamente sobre Chiapas. Por eso sé que lo que escribo puede estar condenado a no pasar una brazada más allá de las fronteras de mi estado. ¿Y qué más da, si para mi estado es?

Mi deseo ha sido dar testimonio de lo que ha sido Chiapas. De lo que ha sido para mí. De lo que han visto mis ojos y mi corazón. Y he tratado de hacerlo dentro de una armazón de literatura.

Algunos dicen que la literatura es el trabajo de la imaginación.

A Chiapas, sin embargo, no hay que imaginarlo: basta con sentirlo. Con todo lo que tiene. Con sus altas montañas y sus profundos abismos. Con sus ríos, sus lagos y su mar. Con el Tulijá, de sangre azul. Con el Usumacinta que arrastró rasgones de historia desde los valles de Guatemala o quizá desde las cantarinas aguas del Motagua. Con el Grijalva, que es “mi río de Yucundo”. Pero, sobre todo, ¡con su gente maravillosa, que es mi gente! Aquí están mi esposa y mis hijos para muestra. ¡Y aquí están ustedes! Y también con todos sus problemas. Tal vez más por ellos...

Allí está un mundo para convertirlo en poema. ¡Y para meditarlo!

He escrito para tratar de conservar, con respeto y amor, nuestras costumbres y nuestra lengua. Para guardar por escrito los nombres de pueblos y lugares que parece que van siendo borrados de los mapas, porque a la gente, mi gente, le están doliendo sus tierras y el trabajo de sus manos. Y he escrito para dejar huella de que a alguien le está doliendo el saber que se nos está convirtiendo en un pueblo de mendicantes: que necesitamos que una mano buena, que besarán los avergonzados labios de nuestra miseria, se nos extienda y nos saque del dolor del día a día, sin ofrecernos la dignidad de un trabajo, cuando ya nuestro espíritu haya olvidado la gloria de ver aletear la flor del maíz, de alzarse a hacer producir nuestros campos, de escuchar el mugido de nuestras vacas, de inventar nuevos universos: universos nuestros, nacidos de nuestra inteligencia y de nuestras manos.

“Chiapas es en el cosmos lo que una flor al viento”, me cantó Enoch.

Y me dediqué a aprender de él y de tantos y tantos grandes, grandísimos maestros: ellos me revelaron el misterio de la lengua escrita. La lengua, que ya en sí misma es un misterioso destello de lo incomprensible, es un sistema de sonidos con significado; pero al ser escrita se convierte en pintura de sonidos. El sonido, que nada tiene que ver con las rayas que alguien comenzó a dibujar hace miles de años; el sonido de la lengua, digo, nos convierte en seres humanos: ¡Lo somos porque podemos decirlo! ¿Pero quién puede pintar el sonido? Sin embargo, porque alguien lo hizo al inventar la escritura fonética, ahora podemos conservar y hemos conservado las antiguas canciones de los pueblos, como la *Iliada*, como la Biblia, como el gigantesco Ingenioso Hidalgo... Por ese mismo proceso hemos sido capaces de decir que en los cansados ojos de un animal se refleja *il divino del pian silenzio verde*, el divino, verde silencio de la llanura, que dijera Carducci.

¿De qué color es el silencio? Para poder comprender al poeta, al novelista, es necesario comenzar por entender de qué color es el silencio, o por dónde entran las estrellas en el corazón... o por qué es Aldebarán rubí encendido en la divina frente, que dijera el eterno don Miguel.

¡Literatura!

Hoy, por culpa de ustedes, me han dado un premio en literatura.

Pero la literatura no es más que palabras. Palabras que en ninguna lengua se parecen a las cosas. *Domus, oikos*, casa, *house*. ¿En qué se asemejan estos sonidos a la cosa a que con ellos nos referimos? Cuando vemos humo, pensamos en el fuego que tal vez arde tras un matorral. Pero cuando escuchamos la palabra, jamás comparamos su sonido y mucho menos las letras con que las plasmamos, con la realidad que les dio vida. ¡Y mucho menos cuando el creador, el poeta, las combina para hacerlas

canción que tenga por objeto volver al interior del alma de la humanidad!

Al escritor le exigimos que nos bañe en efluvios de sonidos que nos hagan temblar, reír o llorar; que escoja sus palabras; que las aparee y las haga danzar con música de fuego, que arda caliente o tibia o fría, o arrebatada o furiosa dentro de nuestro corazón. ¡Que algo despierte dentro de nosotros!

¿En qué está el secreto por el que Chiapas es en el cosmos como una flor al viento? Está allí mismo donde vibra *il divino del pian silenzio verde...* Donde el silencio, que no tiene color ni sabor, ni mucho menos sonido, abre las ventanas de nuestra imaginación.

La literatura es algo que todos llevamos en el alma, sólo que no todos sabemos pintar de verde el silencio ni hacer brillar en la frente de algún lejanísimo dios los contornos de una refulgente estrella roja.

Porque estoy queriendo aprender a hacerlo, me dan ustedes hoy un premio que ustedes buscaron para mí. Pero, al dármele, me están autorizando a decir lo que siento. Y lo que siento es que, como tal, soy libre. ¡Nadie tiene la libertad del poeta! Porque el poeta crea. Se desata del mundo y, ¡crea mundos! En la soledad del retiro de su alma, el poeta es capaz de crear esa “célula infinita que sufre, llora y sangra. ¡Invisible universo que vibra, ríe y canta...”.

Hoy me han dado a mí el Premio Chiapas.

Lo he recibido con humildad. Pero también con dolor. Siento un temblor en los pies y en las manos. Ya soy demasiado viejo para sentir tal emoción por un premio que puedo merecer o no. Lo que realmente me causa un esquivo temblor en el alma es pensar que este es el premio de Chiapas. Y quisiera yo poder gritar a voz en cuello que este es y debe ser el Premio de Chiapas. Quiero decir y lo digo: que es y debe ser el premio con que Chiapas galardona a sus hijos. ¡A sus hijos!

Yo sé que no soy nadie. Pero esta noche quisiera con todo mi corazón ser por un instante la voz del pueblo “que vibra, ríe y canta”, que decía el buen Enoch.

Y con esto, cierro la boca y abro los ojos que llevo dentro con la vista de ustedes que esta tarde le han dado a mi alma el sabor de la vida: Zoelchen, Tutu, Mali, Luca, Diego, Ximena, Max, amigas y amigos. ¡Un millón de gracias!